LIBRO VIGESIMO SEGUNDO.

Algunos dias despues de estos sucesos, Motolinia con Nezáhual y Ecuangári, saliendo de Texcoco, llegados de Tlalmanalco, tomaban la senda de Texcotzinco. El Cielo no habia querido conceder á Valencia, sino por enigmas, ver la consumacion de los extraordinarios designios que tenia sobre el hijo de Ayahucíhuatl y la hija tan hermosa de Atotóchtli. A Motolinia estaba encomendada esa parte en el sacrificio.—"Si la hija de Atotóchtli—decia el Texcocano al Apóstol de Tlaxcala ya para llegar á la mansion de Papantzin—se mostrare resuelta y no se viere en su rostro que su corazon queda como herido, ya no dudaré entónces, y partiré sin dilacion á donde siento que me lleva el Dios invisible."—Eso decia despues que muchas veces desde que es-

tuvieron en Tlalmanalco, habia hablado á Motolinia de sus resoluciones, que este oia con una especie de asombro.

Llegaron los tres, por fin, á la presencia de la Madre y de la Hija, que con la ya huérfana hermana del Príncipe, se entretenian en labores de bordado sobre finas telas de algodon, como todas las mujeres nobles de Anáhuac, en uno de los ángulos del amplio mirador sombreado de ahuehuetes, que dominaba el Valle y los caminos, el Lago y los inmensos horizontes. Era la hora en que as brisas se levantan refrescando los llanos y las selvas, cuando ya el Sol desciende del cielo y el follaje se estremece, y algunas aves cruzan por cima de las aguas era el principio de la tarde. Hacía trece lunas que Papantzin no viera á su amante, y ahora le veria por la vez postrera.

Cuando la Princesa alzando los ojos miró cerca de sí á Nezáhual, se imaginó ser un sueño lo que tenia presente. ¡A fuerza de contentarnos con el recuerdo solo de nuestro amor que se halla lejos y sin saber cuánto: le merecen nuestras penas, llegado el dia de verlo cara á cara, ponemos en duda nuestra dicha! Por eso la presencia de Nezahual pareció un sueño á la virtuosa Tepaneca. Mas ¡o dolor! no habia en los ojos del hermano de Jocótzin aquella ternura signo del amor entrañable; así lo notó la Princesa, pensando que Motolinia, el santo amigo de Valencia, rogado por Nezáhual

venia con él para anunciarle terribles nuevas de su amor extinguido. Leyó Papan en el semblante del Texcocano, que no era su designio el festin de las bodas sino algun viaje de que jamás volveria.

Al dia siguiente, y cuando Motolinia habia departido á solas con Atotóchtli, la prudente madre, y con Tezozomoc que era como el padre de su sobrino, solos el Misionero, Papan y Nezáhual, rompió aquel el silencio y habló á la Princesa, en la lengua de Texcoco, de las resoluciones de Nezahualpílli.

Papan quedó en su alma como herida de muerte, y parecíale como que se desbordaron sobre ella las aguas amargas. Vió de un golpe oscurecerse la luminosa perspectiva de sus amores y se sintió ocupada de lleno por un desengaño triste y mortal. Pero en su semblante habia una tranquilidad que no dejaba conocer la borrasca de su corazon, como sucede con el cielo en el estío: por la mañana se alza la nubecilla cándida y serena, para cubrir despues de luto inmensos espacios y desbordarse en asoladora tormenta.

—"Nada temais de mí, Padre Reverenciado: si vuestra sierva era dichosa por seguir al hermano de Jocótzin á la casa suya, lo es más cuando sabe que mejor quiere servir al Dios muerto en el patíbulo; y ¿quién puede no alegrarse si el Señor ha de ser honrado y servido....?"

Asi fueron las respuestas de la tímida jóven.

El artífice que ha hecho salir del cerrado hornillo, el ya derretido metal de blanca plata, admira el hermoso líquido color de nieve, y á juzgar con sus ojos no es un fuego ardentísimo lo que á sus ojos tiene el brillo de la frescura; el viajero que observa el Orizaba en cuyas cumbres reinan la calma de los cielos y el albor de la Luna, no sabe que atesora la apacible montaña un incendio en sus concavidades, que á veces revienta con horrísono estruendo: así Motolinia y el neófito, ni en las palabras ni en el semblante de la Princesa, entendieron algo que anunciase el oculto martirio de su alma.

Nezáhual debia partir ántes del amanecer del dia siguiente. Estaban entregados todos los suyos á una especie de extraña admiracion y á desconocidos afectos de consuelo y tristeza. Dejaba el príncipe sus bienes para su hermana, y á ella al cuidado del buen Tezozomoc, que pedia al Dios verdadero inspirase á su sobrino lo que pluguiese á su gloria.

Entónces empezaron los dias funestos para aquella virtuosa americana. La noche de esa víspera, sola con Atotóchtli en su aposento, ya no escuchó en los vientos sino gemidos, ni descubrió delante de sus ojos sino visiones de luto y desolacion. La infortunada en medio del silencio no cesaba de percibir, cual si aún resonasen, las palabras últimas del hermano de Jocotzin, y que la perseguia esa mirada sin fuego yá y sin la ternura de otros dias; el ánimo á veces queria huir del que

llamaba cruel y desapiadado; á veces parecia suspenso ante una dulce imágen: figurábaselo entónces, tal como lo vió la primera vez, turbado ante ella, cuando el apuesto Príncipe se alzaba entre los suyos para responder á la salutacion de la que, buscando á su madre Atotóchtli en la casa de Ayauhcíhuatl, se encontró con el desterrado ya vuelto de Castilla; ó ya se imaginaba que solos en la estancia del convaleciente, le hablaba de amores por primera vez, el que fué víctima por salvarla de su perseguidor. Mas el dolor venia en breve á ocupar el ánimo de la que en el insomnio iba cediendo al dulce engaño de su delirio, y, al amarecer, el rumor inevitable de los que se aprestaban á partir, la hizo reconocer que se llegaba la hora terrible. Ese rumor cesó á poco, y el hermano de Jocótzin se alejaba para siempre de Texcotzinco.

Iban Motolinia y los dos neófitos para Tlaxcala: allí quedaria el Franciscano, y ellos pasando por Cholula se encaminarian luego á las montañas de Ahuilitzápan.

Entretanto, el Acólhua sentia cada vez más la angustia de su sacrificio, como aquellos que alejados de tierra en el grande oceano, se ven algunas veces, enmedio á los abismos del cielo y de las aguas, solos fluctuando en la tabla del naufragio y obligados á no demandar sino de Dios la compasion y la misericordia. A veces pensaba volverse á Texcotzinco para estrechar á la hermosa Papan entre sus brazos, y regar sus cabellos

con el llanto, y señalar para muy pronto el dia solemne de las bodas. Delante de sus ojos se presentó la imágen halagueña de una vida de sosiego, en medio de inocentes goces de amor tan puro como el de la amable Princesa, y se imaginaba discurriendo con ella en los jardines de *cempoalxóchill* y adormideras y de las flores rosadas de Castilla, y con ella perdiéndose en las selvas de las montañas, ó por las tardes cruzando la llanura, y á todas horas mirar en sus ojos el amor casto y oir la suavidad de sus palabras, siempre dulces y discretas. A veces en su delirio queria acusar al Cristo de dureza en su ley y de crueldad en los sacrificios con que se complacia, y al pasar los viajeros, algunos con sus jóvenes esposas de vuelta á sus hogares, sin penas en el alma,—"¿porqué—sentíase próximo á decir—porqué solo á Nezáhual se pide tanto....?—No sabía que otra víctima era ya como él entregada al sacrificio que al cielo plugo para salvar á muchos.

El Padre Benavente, solícito á sostener al héroe:—"Ánimo, hijo,—le repetia con frecuencia—has escogido la mejor parte y se te dará el céntuplo."

El buen Ecuangári, multiplicando sus cuidados:—"yo te seguiré á donde quiera que fueres;—decíale con voz de cariñosa ternura—el Dios *víctima* por quien haces esto, y la Vírgen Santa María, te darán el pago."

Así llegaron á Tlaxcala. Motolinia al bendecirlos y alentarlos para la grande obra, hizo una promesa á Ne-

záhual:—"Yo estaré á consolarte en Ahuilitzápan ántes de un año; yo cuidaré de Papan y Jocótzin: tú vé seguro á poner por obra lo que quieres para el servicio del Señor y el bien de tus hermanos."

Separados del Misionero, Nezáhual y Ecuangári partieron á Cholula. Era doloroso contemplar á aquel nuevo servidor de Cristo Jesus, en estas regiones donde poco tiempo ántes no se conocian esos sacrificios, dirigirse á la ciudad *tolteca* y apartar sus ojos de ahí á medida que se acercaba, como quien teme no sostenerse ante poderosos recuerdos. Poderosa tentacion era para el Neófito cuanto sus ojos descubrian: el gran *teocalli*: las tres montañas de nevada cima: las llanuras inmensas y sus calzadas y los grupos de arboleda, y por entre sombreados edificios tal vez la antigua mansion de Ayauhcíhuatl, de Papan y de Jocótzin.

Entraron por fin á la ciudad, y ya pasaba la hora vespertina en que las sombras de los árboles igualan su tamaño. Cholula iba despoblándose, porque la vecina ciudad de *la Puebla* estaba absorviendo á sus moradores. El Texcocano pasó muy de cerca y á la vista de la antigua casa de Ayauhcíhuatl y Atotóchtli, y la amargura creció en su corazon al recordar los primeros dias de sus afectos con la hermosa Papan.—"Subamos,—dijo entónces á Ecuangári—á rogar á Santa María, porque mis penas son abismos y barrancos negros y profundos y como aguas muy amargas."

Los dos amigos ascendieron las graderías de la gran *pirámide*.

El atrio del templo de Nuestra Señora, que corona esa altura, estaba ocupado por muchos concurrentes. Nezáhual ni se cuidó de verlos, ni de esparcir sus miradas como en otros dias por los magníficos horizontes que de ahí se descubren, y en derechura penetró en el Santuario. Uno solo estaba dentro de sus muros: era Tizoc, entre los blancos Baltazar: aquel que allí mismo recibió el baño del agua sagrada con el Texcocano, y que con él creyó y confesó la ciencia del Dios *muerto*: á él esperaba toda aquella comitiva de hombres, mujeres y niños. Pero Nezáhual no se cuidó de observar quién oraba allí; mas cayendo de rodillas y cubriendo los ojos con sus manos, comenzó á llorar, y desahogando el alma gimió como quien crée que ninguno le observa. El neófito ya sin amores y en busca solo de grandes cosas en pró del verdadero Dios, no sabía ni qué hacer ni de quiénes acompañarse para la grande obra, y perdidas las fuerzas habia entrado para pedir su auxilio á la Vírgen Santa María.

Mas hé aquí que Baltasar reconoció presto al sobrino de Tezozomoc, y allegándose y tocándole al hombro con suavidad, le hizo volver el rostro sin poder ocultar sus lágrimas.

Baltazar no aguardó á que le reconociese, y le dijo:—"Hermano, si tu corazon está lleno de penas y buscas vivir en sosiego, quizá te aproveche lo que muchos vamos á hacer y que podré decirte cuando acabes de rogar á Santa María, la que es nuestra."—El Texcocano sorprendido y queriendo reconocer aquel semblante y aquella voz amiga, enjugando sus lágrimas se levantó, despues de inclinar su frente delante del altar de María, y siguió al desconocido.

Salidos del templo y apartándose de la multitud, asentándose sobre los escaños que circuyen el atrio y vueltos hácia el lado por donde *Citlaltepetl* (1) descubre su nevada cumbre, habló aquel á Nezáhual:—"Recoróceme: yo soy Tizoc, llamado despues Baltazar, cuando contigo recibimos el agua sagrada aquí mismo á la entrada del *teocalli* de Santa María, la que es nuestra."

Nezáhual conmovido lo estrechó entre sus brazos, y se acordó que al separarse de Baltazar en aquella vez, su extraña prediccion le hizo presentir que algun dia unidos se diesen ambos al servicio del Dios *muerto*. Tizótzin prosiguió:

"Yo he sabido de las cosas que se hacen en Santa Fé la que fundó Don Vasco, el buen *teuctli*, y desde entónces ya no pensé sino en irme allá para servir al Dios *muerto* y morar á la sombra del que nos ampara, como

(1) El Orizaba.

los hijos junto á sus ancianos padres. Tambien supe que tú hacias muy buenas obras en Santa Fé, y que tu gobierno ha hecho recordar los tiempos del gran rey de Texcoco."

"Pero Santa Fé, tan cerca de Tenochtitlan, no nos dejará siempre pasar con sosiego los dias de nuestra vida en este mundo, lugar de llanto y desagrado. ¿Vés todos los que me esperan?—dijo señalando al concurso que allí se hallaba—con ellos mañana partiremos para el *Chocamán*: así llamamos desde ahora al sitio en que buscarémos el reposo para servir en paz y como hijos de un padre y una madre, al Dios muerto por nosotros en el patíbulo y á Santa María, la que es nuestra: lugar de lloro y de penitencia será el sitio donde morémos detras de las montañas de Tecamachalco."

"Vén con nosotros, Nezahualpílli, y allí se aliviarán tus penas. Tú regirás conmigo á los que me siguen, y allí los breves soles que se pasan en el Mundo, serán felices debajo de las alas y la sombra de la que es nuestra, la que se mostró en Tepeyácac para ampararnos y defendernos."

Estaban el Texcocano y Ecuangári como fuera de sí, cuando vieron que al Dios invisible y á la Vírgen Santa María plugo saliesen, al encuentro el uno del otro, dos hombres que sin haberse visto más de una vez, no parecia sino que deliberaron juntos una misma obra

y tomaron acordes una meditada resolucion.—"¡O Dios desconocido, hecho hombre y muerto en el madero por nosotros, —exclamó el Texcocano—¡O Vírgen Santa María, la que eres nuestra y te mostraste en Tepeyac y estás como en traslado pintada con oro y flores en el *tílmatli*! ¡Al que trepaba como por senda de ciervos y conejos, vuelves al ámplio camino! ¡Yo te pedia un poquito de luz, como la que de sí despide una luciérnaga por la noche, y ahora tu antorcha es como la del Sol cuando aparece en alegre mañana! Yo buscaba como tú, mi hermano Tizótzin, un sitio para otra *Santa Fé*, y con Ecuangári hemos partido á las montañas de Ahuilitzápan: veniamos solos, y en tanto el Dios invisible y Santa María la que es nuestra, obraban de suerte que cuando aquí llegásemos ya todo estuviese preparado. Allá vamos contigo, porque sin saberlo en pós de tí ve, niamos con Ecuangári: allá buscarémos el sitio de paz y bien dijeron y pensaron los que le nombran "Chocamán": lugar de lloro y de penitencia."

Baltazar (despues de expresar tambien su sorpresa,) repuso:

"Muchos esperan en Ahuilitzápan nuestra llegada: salidos son de Tecamachalco y Tecálli, de Quauhtínchan y Tepeyácac, de Quechóloc y otros pueblos, para fundar el "Chocamán," donde sirvamos al Dios *víctima* y á Santa María, la que es nuestra. Yo hé venido á

Cholóllan para guiar á cuantos de estas partes marchan con sus mujeres é hijos y que vés aquí congregados, habiendo ascendido al *teocalli* de Santa María para pedirle que nos conduzca debajo de sus alas y sombra, y allí vés á muchos de los tuyos."

Llamándolos entónces Tizótzin:—"Aquí teneis, les dijo, á uno que nos acompaña y que algunos no conoceis: es Nezahualpílli, el hijo de Ayauhcíhuatl, el nieto del gran rey de Acolhuacan; él há gobernado en Santa Fé la que fundó Don Vasco, y aprendió á servir al Dios *muerto* y á Santa María, la que es nuestra, como les sirven los *teopíxqui* de Castilla."

Los circunstantes se miraron gozosos, y ya no se hablaba sino de marchar al amanecer del siguiente dia. Aquello recordaba los dorados tiempos de las peregrinaciones de los antepasados, cuando estos dejaban la antigua patria y salian de Huehuetlapállan á los desiertos del Sur, para atravesar selvas jamas holladas y fundar la otra Tóllan no léjos de los famosos lagos, ó cuando las tríbus de Aztlan se preparaban á la marcha para buscar el sitio donde el águila se posase indicando la metrópoli del famoso imperio. Pero ahora los descendientes de aquellas familias eran servidores del Cristo, y les encantaba la imágen de la soledad y el misterio de las selvas, donde desaparecen los afanes del alma y les era dulce soñar en los antiguos tiempos de